

OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID.

MANUSCRITO

DE

MADRE,

DE COSTUMBRES,

su autor

PEREZ ESCRICH.

PLANAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS,

POR

Sebastián Planas.

29. de ocho entregas.

MADRID.

PORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.

de las Hileras, número 14.

L47  
2245

COMPAÑIA EDITORIAL - MADRID

ANUNCIOS

DE

MADRID

DE

DE

DE

DE

DE

DE

de ocho entregas.

MADRID

DE

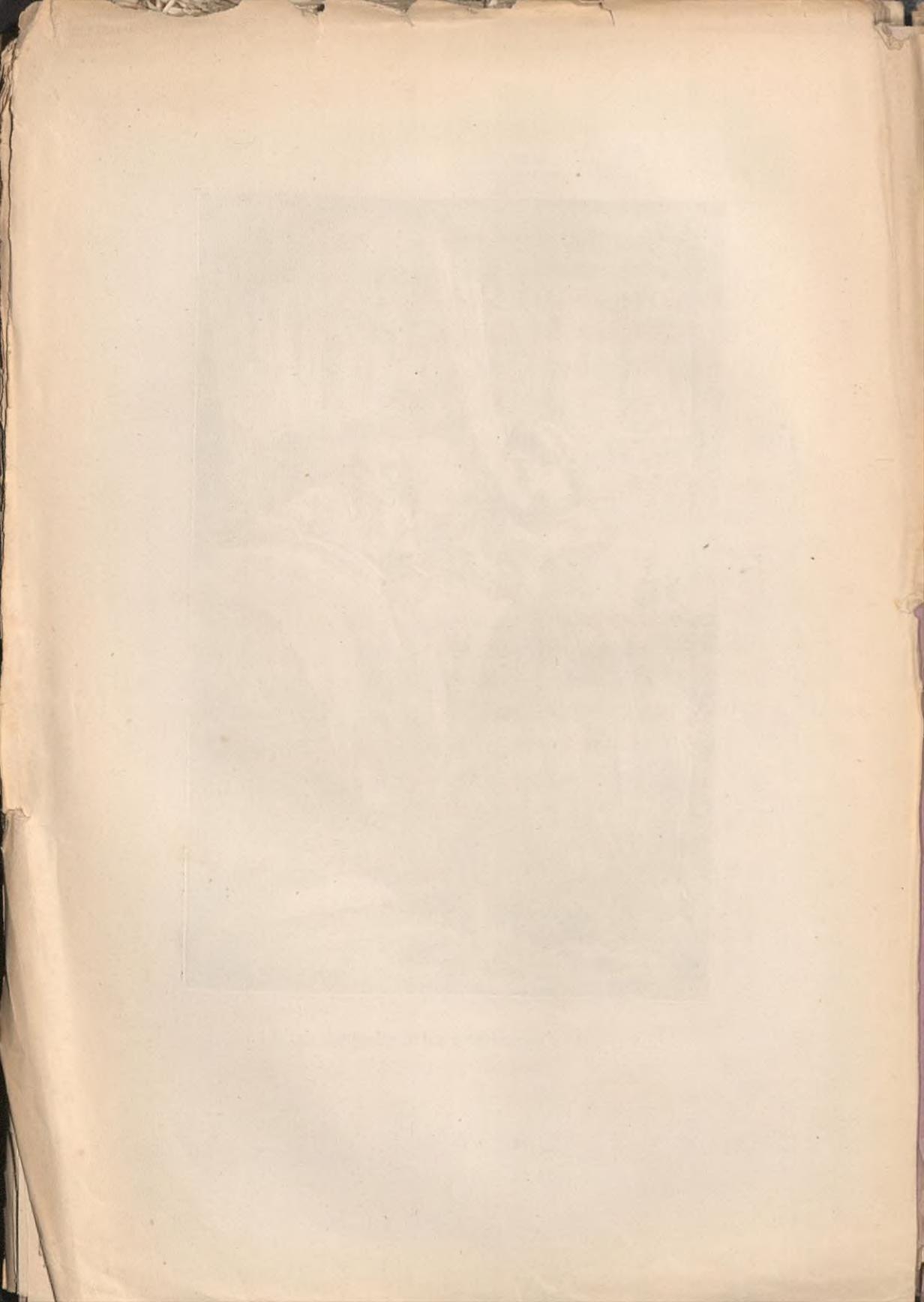
DE

1872

LUZ-22645



—Yo quisiera demostrar á usted mi agradecimiento...



El conde y Daniel se abrazaron.

—¡Ah! ¡cuánto siento que no hagamos el viaje juntos!—murmuró el anciano;—pero, en fin, no quiero contradecirte en nada.

El conde acompañó á Daniel hasta la puerta.

Allí se hallaba Lorenzo cuidando del caballo.

—¡Adios, hijo mio, y buen viaje!

—¡Adios, señor conde, y no olvide usted su juramento!

—Ve tranquilo.

Daniel saludó con la mano, y puso el caballo á galope en direccion al palacio de Diodeti.

El conde permaneció un momento con la mirada fija hácia el camino que seguia Daniel; luego entró en la casa seguido de Lorenzo, diciendo:

—Tenga usted dispuesto nuestro equipaje, porque es muy probable que antes de algunas horas salgamos para España.

—¡Hay novedades segun eso?—preguntó Lorenzo.

—Sí, Daniel abandona la casa de su padre.

—¡Ah, entonces!...

—Amigo Lorenzo, no olvide usted que quiero partir de Ginebra alguna hora despues que Daniel.

—Entonces, si el señor conde no me necesita, mañana haré uso del disfraz para espiar el palacio de Diodeti.

—Acepto la idea.

—Entonces partiremos en el tren inmediato al que le lleve al señorito Daniel.

—Perfectamente; la cosa marcha como vulgarmen-

te se dice. Pero es muy tarde y conviene darle al cuerpo el natural descanso. Buenas noches.

—Buenas noches, señor conde.

Y el conde se dirigió hácia su dormitorio, satisfecho del buen giro que comenzaban á tomar sus negocios.

—¡Adios, hijo mio, y buen viaje!

—¡Adios, señor conde, y no olvide usted su ju-

tamento!

—Ve tranquilo.

Daniel saludó con la mano, y puso el caballo á galope en direccion al palacio de Didati.

El conde permaneció un momento con la mirada fija hácia el camino que seguia Daniel; luego entró en la casa seguído de Lorenzo, diciendo:

—Tenga usted dispuesto nuestro equipaje, porque es muy probable que antes de algunas horas salgamos para España.

—¿Y novedades según eso?—preguntó Lorenzo.

—Sí, Daniel abandona la casa de su padre.

—¡Ah, entonces!

—Amigo Lorenzo, no olvide usted que quiero partir de Ginebra alguna hora despues que Daniel.

—Entonces, si el señor conde no me necesita, mañana haré uso del dístico para espiar el palacio de

Didati.

—Acepto la idea.

—Entonces partiremos en el tren inmediato al que

le lleve al señorito Daniel.

—Perfectamente; la cosa marcha como vulgarmen-

## CAPÍTULO IX

## Encuentro inesperado

Cuando Daniel se encontró como á un cuarto de hora distante de la casa del conde de la Fe, detuvo el galope de su caballo y lo puso al paso.

Aunque firmemente resuelto á abandonar el palacio de Diodeti, temia, sin embargo, las impresiones que iban á causar á su alma la hora de su partida.

Era preciso dejar al general completamente libre del mal efecto que en su ánimo ejercia su presencia.

Daniel pensaba no despedirse de nadie; pero antes de tomar tan extrema resolucion, era preciso escribir varias cartas, y para esto se necesitaba algun tiempo.

En la soledad de aquella noche apacible y serena, aspirando las embalsamadas brisas que le enviaban aquellas libres montañas, Daniel dedicó un recuerdo á su pasado, decidiendo con firme resolucion su porvenir.

Cuando llegó al palacio de Diodeti, los primeros albores del día comenzaban á levantarse del fondo del lago.

Cuando iba á penetrar en el jardín se detuvo, creyendo distinguir entre las sombras del crepúsculo dos bultos que se movían en dirección al lago.

Echó pié á tierra, y después de atar el caballo á uno de los hierros de la verja, entró en el jardín.

No se había engañado; un hombre y una mujer caminaban por la recta y ancha calle de tilos que conducía al desembarcadero.

Iban muy despacio, y el hombre se apoyaba en el brazo de la mujer.

Daniel no tardó mucho en reconocerlos. Eran el general Lostan y su hija Clotilde.

Aquel paseo matutino le sorprendía, recordando las prescripciones del médico hechas el día anterior.

¿Qué podía obligar al general á desobedecer las órdenes de un médico respetable? ¿Por qué Clotilde se hacía cómplice de aquel abuso?

En la situación en que se encontraba Daniel, rodeado de desconfianzas y de recelos, todo le sobresaltaba.

Observó que el general caminaba con mucha fatiga, como si le faltaran las fuerzas, y luego vió que se sentaron en uno de los sofás rústicos colocados á la mitad del paseo.

Daniel les seguía con la vista, oculto detrás del corpulento tronco de un árbol.

Cinco minutos trascurrieron, y el general y Clo-

tilde, levantándose del sofá, volvieron á continuar su paseo en direccion al lago.

Tan embebido se encontraba Daniel en sus observaciones, que no se fijó en un hombre, que saliéndose del palacio de Diodeti, se dirigia hácia el embarcadero.

Este hombre era el doctor Samuel, que al ir á hacer al enfermo su primera visita y encontrar el lecho vacio, sospechó todo lo que habia sucedido.

No ménos sorprendido quedó el doctor al ver á Daniel oculto detrás de un árbol, espiando al general y á Clotilde.

—¡Hola! ¡hola!—le dijo en voz baja, colocando una mano familiarmente sobre la espalda de Daniel;—veo que en esta casa le ha dado á todo el mundo la monomanía de madrugar, y esto, que será muy conveniente para los que están sanos, puede ser muy perjudicial para los que están enfermos.

Y el doctor Samuel, extendiendo el brazo en direccion hácia el general y Clotilde, que ya se hallaban bastante lejos, añadió:

—Tu padre es incorregible, ya lo ves. Y lo peor no es eso, sino que encuentra cómplices que le ayuden á llevar á cabo sus calaveradas.

—¿Dónde irán?—preguntó en voz baja y con acento distraido Daniel.

—¡Toma!... ¿Dónde han de ir? A realizar un deseo que ya indicó ayer el general: á dar un paseo por las orillas del lago, á respirar, como él dice, el puro ambiente de la mañana, sin ocuparse de que ese maldito lago tiene á estas horas una espesa néblina que oculta

por completo sus aguas, y que esa neblina es suficientemente húmeda para hacerle daño.

—Entonces es preciso no consentirle más.

—¡Bah! ¡no consentirle más! Estoy harto de encargarle la prudencia; pero el general, no solamente es incorregible, sino que me cree exagerado. A quien espero reprender con toda la severidad de mi carácter, es á Clotilde, pues si ella no accediera á los deseos de su padre, estoy seguro que él no se atreveria á bandonar solo su habitacion. Pero en fin, este mundo no es otra cosa que una inmensa jaula de locos, donde los que se llaman cuerdos cometen con gran frecuencia infinitas tonterías.

Y el médico, cogiéndose del brazo de Daniel, añadió:

—Bueno será que no les perdamos de vista, por si podemos serles útiles.

Despues de esto, el doctor y Daniel se dirigieron hácia las orillas del lago, siguiendo la ruta marcada por el general y Clotilde.

Apenas habrian caminado veinte pasos, cuando el doctor, como si en aquel momento recordase una cosa importante, se volvió bruscamente para mirar á Daniel, y deteniéndose dijo:

—Tambien á tí tengo que reprenderte.

—¿A mí?

—Y con doble razon que al general.

—No comprendo...

—El general es dueño de hacer, como vulgarmente se dice, de su capa un sayo, porque ni soy su amigo ni tengo sobre él ningun derecho; le presto mis auxi-

lios de médico, porque así me lo aconseja el deber. Pero á tí te quiero como á un hijo: te he probado este amor muchas veces, y por consiguiente, tengo el derecho de reprenderte cuando hagas alguna cosa mal.

Daniel miró al doctor sonriéndose, como si no comprendiera sus palabras.

—Vamos á ver. ¿Qué diablo has hecho ayer en todo el día? ¿dónde has pasado la noche? Lo ménos he ido á buscarte cinco veces á tu habitacion. A todo el mundo ha extrañado tu ausencia, y yo no puedo consentir ese retraimiento en que vives, sin una explicacion que me satisfaga.

Daniel inclinó la frente sobre el pecho, y suspiró.

Este suspiro hizo que el doctor agitara la cabeza en señal de disgusto, y volviera á decir:

—Querido Daniel, cuando uno ha adquirido á fuerza de desengaños algun conocimiento práctico de la vida; cuando el frio de las canas templá las pasiones del corazon, dejando la vez á la razon y la experiéncia, saber sin ningun género de duda que á los veintiun años, edad de la alegría, de las ilusiones y de los sueños de color de rosa, no se suspira impunemente, ni huye uno como un medroso conejo del trato de la sociedad. Yo bien conozco, hijo mio, que tienes sobrados motivos para no reirte como un imbécil, ni bailar como un hortera feliz en los dias de fiesta; pero tampoco creo que tengas muchos motivos para vivir retraido, buscando siempre la soledad, y poner el rostro triste y taciturno

como el de Jeremías; porque despues de todo, no es tan malo el porvenir que se abre ante tu paso. — ¡El porvenir! hé ahí una esperanza, hija tan sólo del cariño que usted me profesa, — repuso Daniel, sonriendo tristemente. — Mi porvenir, querido doctor, es bien poco halagüeño.

— ¡Poco halagüeño! — repuso el médico con admirado acento; — el hijo del general Lostan, el heredero presunto de su gran fortuna... ¡oh! ¡en verdad que no te creía tan ambicioso!

— Está usted en un error, amigo mio, — añadió Daniel con una calma y una severidad impropias de sus años; — yo, ni soy el hijo del general Lostan, ni el heredero de su fortuna.

— ¿Cómo? ¿cómo? ¿qué es lo que dices? — exclamó el doctor sobresaltado.

— Lo que he dicho lo he dicho mal; pero voy á repetirlo con una ligera correccion. Ni quiero ser el hijo del general Lostan, ni necesito para nada su inmensa fortuna.

— ¡Daniel! ¿te has vuelto loco? — repuso el doctor, mirándole con sobresalto.

— Nunca he tenido más firme el juicio ni más sana la razón.

— Explicame entonces tus palabras.

— Tienen una explicacion muy sencilla. Mi madre se sacrificó por salvar la honra de su esposo, y yo estoy resuelto á sacrificarme por salvar el decoro de mi hermana.

— ¡Imposible! ¡imposible! — añadió el doctor; — tú

no puedes perder tus derechos, tú no debes sacrificar tu porvenir.

—Seré franco con usted, querido doctor: no es solamente la bondad y la abnegacion las que me inducen á eso que usted cree un sacrificio. Toma en este asunto una gran parte mi amor propio, mi orgullo ofendido. El general me ha tenido olvidado por espacio de veinte años, y hoy, al verme bajo su mismo techo, me cree un gran peligro para su hija, á quien ama con todo su corazon, con toda su alma. Todas las concesiones que á mi favor haga no serán hijas del cariño paternal, sino del temor y del sobresalto en que vive, y yo, que miro con desprecio las fortunas de la tierra; yo, que nada ambiciono, porque creo que se han cerrado para mí las hermosas páginas del libro de la felicidad, estoy resuelto á abandonar esta casa é ir á esperar mejores tiempos en la modesta vivienda donde exhaló su último suspiro mi querida madre.

—¿Y es firme tu resolucion?—le preguntó el doctor, fijando en él una mirada escudriñadora.

—Firme como esas montañas que aprisionan el poético lago Lemán.

—¿Y sabe Clotilde lo que acabas de confiarme?

—No, porque si Clotilde lo supiera, se opondria con todas las fuerzas de su espíritu á que lo realizara.

—¿Y si el general te amara? ¿Y si la santa voz de la naturaleza se hubiese despertado en su corazon?

—Esa voz, querido doctor, permanece aún dormida en el fondo del alma del general. Tengo pruebas para no dudar en las apreciaciones que acabo de hacer.

—Pues bien; para convencerme de que es justa, de que es digna, de que es necesaria tu resolucion, yo te exijo en el nombre de tu madre que me hagas ver esas pruebas.

Entonces Daniel le refirió una por una todas las frases escritas por la mano del general Lostan en la última página del manuscrito de la pobre Angela.

—Mi padre,—añadió,—al disponerse para morir no tuvo otro pensamiento que el de recomendarme á mi hermana, ni otra duda que la de si yo tendria bastante abnegacion para sacrificarme por ella. Clotilde, generosa y buena, quiso ocultarme esta especie de confesion ó súplica que me dirigia su padre; pero yo la obligué á que me la enseñara, infiriéndole un grave insulto con mis dudas, con mis recelos. Entre el general Lostan y su hijo, se levanta un muro invencible, la marquesa del Rádio; y yo juro á usted que si he de lograr mi fortuna y mi rehabilitacion á costa de una sola lágrima de Clotilde, ni la quiero, ni la aceptaré en mi vida.

—Reflexiona, hijo mio, que para todo hombre llega el dia del arrepentimiento, y que el general, arrepentido, avergonzado de su pasada conducta...

—Ni una palabra más, querido doctor. Usted lo acaba de decir hace poco, el general es incorregible: yo me atrevo á creer que su arrepentimiento ni es verdadero, ni durable.

Y Daniel, fijando los ojos con energía en el doctor, añadió:

—Mañana, cuando las sombras de la noche reem-

placen á la hermosa claridad del sol, sin que nadie se aperciba de ello, yo abandonaré para siempre el palacio de Diodeti.

—Pues bien; yo partiré contigo, hijo mio.

—No, doctor, no; usted debe permanecer al lado del enfermo y acompañarle en su regreso á España.

—Pero yo no quiero separarme de tí.

—Esta separacion será corta, amigo mio, porque restablecido el general y efectuado su regreso á España, yo supongo que vendrá usted á reunirse conmigo á nuestro modesto y tranquilo pueblo de Horche. Además, ¿quién sabe si usted podría serme útil despues de mi ausencia? Ahora le ruego que no revele á nadie ni una sola palabra de la confianza que acabo de hacerle; á nadie, un aun á Julio de Monforte, por cuya felicidad me intereso aún más que por la mia.

—Bien, bien; haré todo cuanto quieras, puesto que no es posible otra cosa.

—Y ahora, mi querido protector, mi leal amigo, olvidémonos de mis asuntos, y recordemos que el general, débil aún, ha cometido la imprudencia de abandonar su lecho.

—Sí, sí, vamos en su busca.

## CAPÍTULO X

### En las orillas del lago

—¿Lo ves, padre mio, lo ves? Te fatigas mucho, estás muy débil, y yo no debía de modo algun haber accedido á tus deseos.

—Tranquilízate, hija mia; este paseo matinal no puede hacerme daño alguno. La brisa es pura, saludable; ella nos trae el perfume de los montes, y muy pronto los rayos vivificadores del sol, disipando las nieblas del lago, embellecerán con su hermosa claridad estas poéticas riberas.

—Pero supongo que no nos alejaremos más del palacio,—añadió Clotilde, que al notar cierta fatiga en su padre comenzaba á sobresaltarse.

—No muy lejos de este sitio, siguiendo esta orilla del lago, recuerdo que existe un sitio encantador. Quiero llegar hasta allí. La naturaleza, siempre caprichosa,

ha colocado una roca, que suspendida sobre el lago, ofrece á los viajeros entusiastas un delicioso balcon para contemplar á su placer la inmensidad de agua, los nevados montes que se extienden ante su vista. Sobre esta roca y formando un martillo, se halla otra que sirve de banco al cómodo viajero, y para librarle de los calurosos rayos del sol en los dias de verano, la naturaleza, siempre previsora, quiso que crecieran allí dos corpulentos álamos negros y varias plantas trepadoras, que forman sobre el banco un flotante y áspero toldo de verdes y olorosas hojas. Allí, pues, quiero llegar, allí donde tantas veces he pasado horas de soledad pensando en tí, hija mia, en tí que eres el afan constante de mi vida, el eterno sueño de mis noches.

—Pues bien; vamos, padre mio; pero temo mucho que tu fatiga, tu cansancio, aumenten al regresar de ese sitio.

—Si eso sucede, llamaremos al primer barquero que pase, y él nos conducirá á nuestra morada.

Algunos minutos despues, llegaron al sitio que habia indicado el general.

El sol comenzaba á disipar la neblina del lago, y sus rayos luminosos irradiaban sobre la tersa superficie de las tranquilas aguas.

El general se sentó sobre la roca, y despues de aspirar con satisfaccion el puro ambiente de la mañana, dirigió una mirada hácia el dilatado horizonte, y murmuró en voz baja:

—¡Qué bien se está aquí!

Clotilde se sentó en el suelo á los piés de su padre,

y apoyando sus codos en las rodillas del general, se quedó contemplándole con verdadero éxtasis.

Don Pedro acarició en silencio aquella hermosa cabeza, que amaba con toda su alma, y después de un momento de pausa, añadió:

—Tengo remordimientos, hija mía, porque te he hecho derramar abundantes lágrimas, y esas lágrimas, hijas del dolor, han caído sobre mi corazón para castigar mis culpas.

—¿Me has traído á este sitio para contemplar el hermoso panorama que desde aquí se distingue, ó para dirigirte inculpaciones que yo te he prohibido?

—Te he traído á este sitio, porque yo estaba hambriento de tener contigo algunos momentos de expansión, sin enojosos testigos que coartaran mi voluntad. Aquí estamos solos, y esta soledad dilata mi corazón... me hace mucho bien.

Y el general respiraba con placer la brisa que desde el lago iba á orear su frente.

Durante algunos minutos, ambos permanecieron en silencio.

Clotilde contemplaba al general, en cuyo rostro se veía pintada la más profunda tristeza.

Parecía como si tuviera miedo de volver á reanudar una conversacion que acababa de cortar un suspiro.

Por fin, el general, agitando la cabeza, dijo:

—Esta situación es preciso que termine, hija mía. Dentro de algunos días, cuando me halle completamente restablecido, regresaremos á España, en donde nuevas luchas y nuevos disgustos nos esperan.

—Yo no anhele otra cosa que tu felicidad, y estoy resuelta por conseguirla á sacrificarme.

—Lo sé, hija mia; pero desgraciadamente no consiste en que tú lo desees: todas tus buenas intenciones, que yo te agradezco con el alma, se estrellarán ante las exigencias de tu madre y las reclamaciones de tu hermano.

Aquí el general inclinó la cabeza sobre el pecho, y volvió á aguardar silencio.

En este momento el doctor Samuel y Daniel llegaron al sitio donde se encontraba el general y Clotilde, y distinguiéndolos á través de las ásperas ramas, se detuvieron á muy corta distancia; porque una palabra de Clotilde, llamando vivamente la atención de Daniel, le hizo comprender que debia escuchar lo que allí se hablaba.

Hizo, pues, una seña al doctor, y ambos permanecieron inmóviles, procurando ocultarse de modo que no fuesen vistos.

—Daniel es bueno, padre mio, y el corazón me dice que hará todo cuanto yo quiera. No debe, pues, inspirarte ningún recelo mi hermano, que por otra parte, yo estoy resuelta á que no se sacrifique solo. El tiene más derechos que yo, y justo es que esos derechos le coloquen en el sitio que le corresponde.

—¡Es verdad! ¡es verdad!... Pero considera, hija mia, que al reconocer públicamente á Daniel, al nombrarle mi primogénito, tú pierdes tanto, que me horroriza solamente pensarlo.

—Padre mio, conozco todo lo que puede sobreve-

nirme; pero para defender y rechazar la maledicencia del mundo, me basta mi conciencia y mi honra; para ser feliz me sobra con el amor de mi padre y el cariño de mi hermano. Nunca he dado cabida en mi pecho al egoismo, esa pequeña pasion que empequeñece á la criatura. D niel tiene pensamientos elevados, una inteligencia poco comun, y sabrá llevar con honra el nombre de su padre. Vuelvo á repetirtelo, nada ambiciono, sino vuestra felicidad.

—Pero ¿y tu madre? ¿y tu madre?...

—Cuando se trata de entronizar la justicia, nada debe detenernos, padre mio. Conozco el carácter de la marquesa: defenderá sus derechos y los mios con desesperacion; pero sé tambien que no ha de llevar á los tribunales un asunto, que puede poner en duda su honra; sé que romperemos con ella para siempre, pero yo, su hija, tengo la obligacion de interceder en este asunto, y seré infatigable hasta lograr mi objeto.

—Escucha, Clotilde,—volvió á decir el general, despues de un momento de vacilacion;—tú dices que Daniel es bueno y generoso, y aseguras que te inspira mucha confianza la bondad de su corazon.

—¡Oh! completa.

—Pues bien; tenemos otro camino para arreglar nuestro asunto.

—¿Cuál?

—Yo soy bastante rico para señalarle á Daniel una pension que sufrague con esplendidez todas sus necesidades, todos sus gastos. Puesto que tú tienes bastante confianza en él; es preciso que acepte esta pension, y

que siga viviendo del modo que mejor le cuadre, sin revelar á nadie su secreto.

—¡Imposible, padre mio! Eso sería imponerle un sacrificio que no merece. Además, ¿qué importa que la sociedad lo ignore, cuando yo lo sé? Daniel es el primogénito, Daniel tiene más derecho que yo á la fortuna y á los títulos de su padre, y él será el heredero. Yo, por mi parte, viviré muy feliz viéndole dichoso y siendo por él protegida.

Y observando Clotilde la palidez del rostro de su padre y la profunda tristeza que se dibujaba en su frente, añadió:

—Pero no quiero prolongar por más tiempo esta conversacion. Estás aún muy débil para que te dediques á estas luchas del alma, que tanto daño te hacen. Regresemos á casa.

El general no se opuso. Se levantó, apoyándose en su hija, y ambos se dirigieron pausadamente hácia el palacio de Diodeti.

Daniel se apoyó en el tronco de uno de los árboles que le habian ocultado, y detrás de los cuales habia oido los generosos y nobles impulsos del corazón de su hermana.

—¡Clotilde es un ángel!—murmuró el doctor después de una ligera pausa.

—Sí, un ángel, y es preciso que tenga una recompensa, y la tendrá, —contestó Daniel.

—¿Qué piensas hacer?—preguntó el doctor con recelo.

—Lo que tengo resuelto hace algunos dias: partir

á España, é ir á sepultarme en mi pobre retiro de Horche.

—¿Qué porvenir va á ser entonces el tuyo?—

—¡Dios lo sabe! Yo no pienso ocuparme de él.

—Pero ¿y tus derechos?

—Los cedo todos á Clotilde, porque Clotilde vale más que yo.

—Piénsalo bien, Daniel, piénsalo bien. No te dejes llevar por los impulsos generosos de tu alma, porque tal vez algun día el arrepentimiento llame á las puertas de tu corazón.

—Estoy resuelto, y mañana mismo partiré de esta tierra.

—Pues bien; yo no quiero, yo no debo abandonar-te. Partiré contigo.

—No, querido doctor, no; usted me hará el último favor, permaneciendo al lado del enfermo, porque aún puede serle útil. Cuando se halle completamente restablecido, regresará usted á Horche, en donde yo le estaré esperando con el afán y el cariño de un hijo. Pero volvamos al palacio: tengo aún que escribir unas cartas antes de ausentarme de estas riberas.

El doctor, adivinando el generoso sacrificio de Daniel, comprendió que seria inútil todo cuanto le dijera para convencerle de que desistiese de su pensamiento.

Por otra parte, Samuel, conocedor del mundo, esperaba que el tiempo haria cambiar el pensamiento de su jóven ahijado.

Por eso guardó silencio, y ambos á dos, sin desplegar los labios, se dirigieron hácia el palacio de Diodeti,

pero por distinto camino del que llevaban el general y Clotilde.

Daniel iba á sacrificarlo todo por su hermana, como su madre lo habia sacrificado todo por el general.

Existen seres que están destinados á ser siempre las victimas.

pero por distinto camino del que llevaban el general y Clotilde. Daniel iba á sacrificarse todo por su hermana, como ya habia lo habia sacrificado todo por el general. Existen ágoras que están destinadas á ser siempre las víctimas.

## CAPÍTULO XI

---

### Adios para siempre

Aquella misma noche, Daniel se retiró temprano á su habitacion.

Estaba firmemente resuelto á llevar á cabo su plan. No queria despedirse, ni de Clotilde, ni del general; pero era preciso escribirles dos cartas dándoles parte de su resolucion.

Sólo el doctor Samuel y Julio sabian su partida, dispuesta para la mañana siguiente.

Daniel lo habia ocultado á todos los demás.

Solo en su habitacion, y despues de algunos momentos de profunda y triste meditacion, cogió la pluma y comenzó á escribir la primera carta.

Decia así:

«Señor general: Cuando reciba usted esta carta, me hallaré á algunas leguas del palacio de Diodeti, caminando hácia España.

»La resolución que me obliga á emprender este viaje es tan firme, que para que nadie me violente con sus súplicas ó con sus órdenes, parto sin despedirme.

»Hay males tan antiguos, que en vano se procura buscar remedio para ellos; yo tengo la íntima convicción de que usted, que no me ha profesado el cariño de padre desde niño, no puede hoy sentirlo tal y como yo lo necesito.

»Por eso mismo me ausento, esquivando una despedida, siempre violenta para los dos.

»A pesar de las líneas que llevo escritas, no es el resentimiento el que guía mi pluma. Estoy resignado á todo, y cedo á mi hermana Clotilde mis derechos, porque humilde nací, humilde he vivido, y humilde pienso terminar mis días.

»Las pompas mundanas jamás me han seducido. La pobreza no es extraña á mis costumbres, porque mi santa madre me acostumbró á ella.

»No tema usted, pues, que un arranque de vanidad y de soberbia me obligue á presentarme jamás en el palacio del general Lostan á reclamarle lo que tan legítimamente me corresponde.

»Nada tema usted, pues, general; yo no he de imponerle nunca el amor de padre, esa ternura del corazón, esa necesidad del alma que comienza en la cuna y concluye en el sepulcro.

»Mi santa madre me enseñó desde niño á tener resignación, y mi dignidad me aconseja esta separación.

»Viva usted tranquilo, mientras yo pido á Dios le conceda la paz del espíritu, de que tanto necesita.

»Dos hombres saben nuestro secreto, fuera de nuestra familia; esos dos hombres son, el doctor Samuel y el conde de la Fe, y ellos guardarán el más profundo silencio, yo respondo de ello, porque la felicidad de mi hermana Clotilde, que me interesa más que la mía propia, así lo exige.

»Ni es el odio ni el despecho los que me dictan esta carta, los que me hacen tomar una resolución que á usted tal vez parecerá extraña: es el profundo convencimiento que tengo de que esta y no otra debe ser mi conducta. Por eso desisto de una lucha que conozco haría pedazos mi corazón.

»El egoismo no cabe en mi alma, y haciendo el sacrificio de la necia vanidad del mundo, cedo á Clotilde todos mis derechos, y desisto de una lucha que sólo serviría para hacer la desgracia de todos.

»Sólo tengo que dirigir á usted una súplica, es la última: que no intente persuadirme de lo que yo estoy firmemente decidido á llevar á cabo. Borre usted mi nombre de su memoria; figúrese usted que no existo, que no he existido jamás. Clotilde es más digna que yo de ser feliz: todo para ella, para mí el olvido eterno.

DANIEL.»

Aquí dejó la pluma, volvió á leer detenidamente la carta, y encerrándola en un sobre, escribió: *Señor general Lostan.*

Daniel acababa de hacer un gran sacrificio: permaneció algunos momentos inmóvil y meditabundo, y luego, como el que se resuelve á llevar á cabo una empre-

sa heroica, movió con cierta energía la cabeza, y dijo:

—Continuemos este penoso calvario que me he impuesto.

Y cogiendo otra vez la pluma, comenzó á escribir de este modo:

«Clotilde, hermana mia: mi mano tiembla, mi espíritu se oprime y mi corazón late con violencia, porque comprendo la dolorosa impresión que va á causarte la lectura de esta carta.

»Voy á partir, voy á separarme de tu lado quizás para siempre, y para que ni tus lágrimas, ni tus súplicas debiliten mi ánimo, parto sin despedirme, sin darte el ósculo fraternal, sin estrecharte antes entre mis brazos.

»Vivir juntos es imposible sin poner de manifiesto ante la sociedad los sagrados lazos que nos unen, y esta revelación, hermana mia, ni quiero, ni puedo, ni debo hacerla, porque te causaría graves perjuicios, que tu alma generosa no ha cometido el egoísmo de meditarlos.

»Nuestra separación, por consiguiente, es inevitable; pero la ausencia no enfriará el amor que te profesó.

»Tú sabes que no soy amado por mi padre, que mi presencia es para él una nube que empaña el sol de su felicidad, un remordimiento vivo que perturba su espíritu.

»Si tú, que eres la mujer más buena y más generosa del mundo, no existieras, yo entonces, despreciando al hombre á quien debo el ser, reclamaria mis derechos.

»En la imposibilidad de luchar con tu padre, me resigno, y tendré bastante valor para olvidar que el general lo es mio.

»Cuando recibas esta carta yo me hallaré lejos del lago Lemán. Estoy resuelto á vivir solo é ignorado en el modesto pueblo donde descansan las cenizas de mi madre, de aquella madre modelo de virtud y de abnegacion que tanto me amó en vida, y á la que yo no puedo olvidar despues de su muerte, porque su recuerdo está vivo en mi alma.

»Tú, hermana mia, eres tan generosa que has pretendido ocultarme con extrema delicadeza todo aquello que pudiera herir mi susceptibilidad. Yo sé lo que vales y sé lo que debo hacer por tí.

»Si tu conducta para conmigo no me lo hubiera demostrado, tendria además dos pruebas irrecusables de tu gran desprendimiento y del amor que me profesas. Recuerda si no las páginas que escribió el general Lostan en el manuscrito de mi madre, y la conversacion que tuviste esta mañana con él en la orilla del lago.

»Yo lo he oido todo. La casualidad me condujo á aquel sitio, y bendigo una y mil veces esa casualidad, porque ella ha venido á darme una prueba más de lo mucho que vales.

»No temas que la ausencia deposite el olvido en mi corazon; yo viviré siempre pensando en tí, amándote siempre.

»Si el ser tu hermano y el haber nacido antes me conceden algun derecho para que me obedezcas, yo te

ruego, querida Clotilde, que no te opongas á mi voluntad.

»Necesito vivir solo, fortalecer mi espíritu, que algunas veces, á pesar mio, siento desfallecer.

»Ahora te ruego medites con calma lo que voy á decirte.

»Tú eres la hija legítima y única heredera de los marqueses del Rádio; has nacido en un palacio, y estás acostumbrada á todo ese lujo y esplendidez que proporcionan las grandes fortunas á los hijos privilegiados de los ricos.

»Todas las jóvenes que se hallan en tus circunstancias, tienen adoradores y enemigos, y las es terriblemente doloroso descender, aunque no sea más que un solo escalon, de la alta posicion que ocupan.

»Yo, por el contrario, estoy acostumbrado á vivir en la mayor modestia, casi en la pobreza. Todo el mundo me cree huérfano, y ni tengo enemigos, ni inspiro envidia.

»Ningun sacrificio, por lo tanto, me cuesta continuar viviendo como he vivido siempre.

»Lo que más amo en el mundo eres tú. Si alguno se atreviera á ofenderte con una sola palabra, le arrancaria la lengua; y no lo dudes, Clotilde, la sociedad, por más inocente, por más pura, por más virtuosa que seas, se complaceria en despedazar tu inmaculada honra tan pronto como supiera que el casamiento del general Lostan y la marquesa del Rádio, tus padres, era nulo y sacrílego.

»Revelar mi secreto, presentarme como tu hermano

ante esa sociedad que te admira y te envidia, sería hacerle mucho daño, y yo rechazaría el brillo deslumbrador de una corona si te costaba una sola lágrima adquirirla.

»Después de manifestarte mi firme resolución, y dirigirte en esta carta mi adiós de despedida, permite, hermana mía, que te dé un consejo.

»No interpongas nunca tu influencia con tu madre para que acceda al reconocimiento de mis derechos, porque serían vanas todas tus súplicas. Yo nada quiero, nada reclamo, sino que me guardes un recuerdo cariñoso en el fondo de tu alma.

»Voy, pues, á concluir esta carta, haciéndote la confianza de un secreto que he sorprendido, porque siempre es un consuelo persuadirse en los momentos de aflicción y de dolor, de que hay corazones generosos, almas elevadas en el mundo.

»Lo que voy á decirte, hermana mía, te causará indudablemente tanta sorpresa como me ha causado á mí.

»Hace dos noches, sin que yo mismo pueda explicarme el móvil que me impulsó á cometer una imprudencia, leí una carta que la casualidad colocaba ante mis ojos.

»Esta carta estaba escrita y firmada por una mujer, modelo de virtudes y de hermosura, á quien tú profesas el cariño de hermana: ya supongo que habrás adivinado que te estoy hablando de Blanca de Monforte.

»Pues bien, hermana mía: esa carta, escrita por Blanca á su hermano Julio, y que yo me encontré ca-

sualmente, me reveló en mal hora el secreto de sus corazones; porque si yo pudiera amar á otra mujer que á mi hermana Clotilde, aseguro que esa mujer seria Blanca de Monforte.

»Figúrate, pues, el asombro que me causaria al descubrir por la lectura de la citada carta, que Julio te ama en silencio desde el momento que te conoció, y que á pesar de este inmenso amor que llena su alma, noble, generoso, lleno de gratitud y desprendimiento, con una abnegacion heróica, ha sabido encerrar este amor en el fondo de su corazon, siendo, como tú no ignoras, nuestro leal y generoso amigo.

»Blanca, por su parte, tan fuerte como su hermano, amaba tambien en secreto.

»El amor que ambos sienten, y que comprenden que es un amor sin esperanza, vive en el fondo de sus almas, sin que jamás asome á sus labios.

»Yo no podria describirte el asombro, la inquietud que se apoderó de Julio, cuando le dije que habia descubierto su secreto, y necesité de toda la influencia que ejerzo sobre él para obligarle á que permaneciera en el palacio de Diodeti, pues queria abandonarle en aquel mismo momento, huyendo avergonzado de la mujer que tanto ama.

»Para lograr que no llevara á cabo una resolucion tan extrema, tuve que ofrecerle que no te revelaria su secreto; y si he faltado á mi palabra, ha sido solamente para suplicarte, que tengas un poco de compasion á mi amigo Julio de Monforte, pues ya sabes que le profeso un cariño fraternal.

»Adios, querida Clotilde; sé feliz, y no olvides á tu hermano, que te ama con todo su corazón,

DANIEL.»

Al terminar la carta se sentia tan agitado, que tuvo necesidad de reclinar la frente sobre la mesa.

## CAPÍTULO XII

### La partida

Daniel lo habia dispuesto todo para partir aquella misma noche.

A las dos de la madrugada, el barquero debia esperarle para conducirlo á Ginebra.

Concluidas las cartas arregló su equipaje, y luego, tendiéndose en un sofá, esperó la hora.

A las doce debian reunirse en aquella habitación el doctor y Julio con Daniel.

La convalecencia del general permitia que todo el mundo se acostase á las doce.

Nadie, pues, se quedaba á velarle, exceptuando su leal mayordomo Santiago, que se habia colocado una cama en un cuarto contíguo á la alcoba del general.

Daniel estaba impaciente; hubiera querido reconciliarse con el sueño, descansar algunos momentos, pero le fué imposible.

Las horas trascurrían con insoportable lentitud. Temía que le faltara el valor, que se presentara en aquella habitación su hermana Clotilde, y que con sus lágrimas y con sus súplicas le hiciera desistir de su propósito.

Por fin, el reloj dió la media noche, y Julio entró en la habitación.

Como la ancha pantalla del quinqué dejaba casi en tinieblas los ángulos de la sala, Julio buscó con una mirada á su amigo; pero la voz de este le indicó el sitio donde se hallaba.

—¿Y el doctor?—preguntó Daniel.

—Vendrá ahora mismo; se ha quedado hablando con el general.

—¿Y Clotilde?...—

—Acaba de retirarse á su habitación.

Y como Daniel, después de estas dos preguntas guardase silencio, Julio añadió:

—¿No desistes de tu empeño?

—No.

—¿Luego estás resuelto á partir?

—Dentro de poco abandonaré esta casa para siempre.

—Conozco que sería inútil oponerme... pero tu partida causará un profundo pesar á Clotilde,—añadió Julio.

—Lo sé; pero no puedo hacer otra cosa,—contestó Daniel exhalando un suspiro.

—Creo, querido Daniel, que te complaces en ver las cosas por el lado más negro.

Daniel agitó la cabeza en señal negativa, y sonriéndose tristemente, añadió:

—Te engañas, Julio; lo veo, lo medito, lo examino todo con gran frialdad. Mi padre no me ama; tengo el profundo convencimiento de lo que te digo. ¿A qué, pues, atormentarle con mi presencia? Que viva feliz con su hija, puesto que yo sólo ambiciono la dicha de mi hermana.

—¡Ah, Daniel, creo que no lo conseguirás por los medios que te propones!

—Julio, te suplico que no trates de persuadirme, porque sería en vano. Mi resolución es firme, inquebrantable; mi dignidad así lo exige.

Estas palabras, pronunciadas con acento firme, demostraron á Julio que nada conseguiría.

Afortunadamente, en este instante entró el doctor Samuel.

Julio, que veía en el doctor un buen aliado, le dirigió la palabra de este modo:

—Llega usted á tiempo, doctor; Daniel, que se ha vuelto incorregible, acaba de prohibirme que le dirija más palabra sobre su proyectado viaje.

Con gran asombro de Julio, el doctor hizo una mueca de indiferencia con los labios, y contestó:—

—Daniel hace perfectamente en marcharse. Yo en su lugar haría lo mismo. Sólo siento que no me permita acompañarle; pero esta separacion será corta, porque dentro de unos dias el general no necesitará de médicos.

—No insisto más,—repuso Julio, encogiéndose de

hombres,—ya que ustedes dos opinan del mismo modo. Pero yo, que no soy necesario en esta casa, creo que debería partir con Daniel, puesto que por él he venido.

—Tú debes quedarte hasta el día que el doctor abandone esta casa; entonces regresarás con él á España.

—No comprendo las razones que te obligan á imponerme ese retraso en mi viaje.

—Yo te ruego que me obedezcas. Con el doctor Samuel saliste de Madrid, con él debes volver. Y ahora, amigos míos, no perdamos el tiempo. La barca estará esperando; mi equipaje es pequeño, y como yo supongo que ustedes me acompañarán hasta el embarcadero, no hay necesidad de llamar á ningún criado para que se entere de mi partida.

Y diciendo esto, Damian sacó las dos cartas que había escrito poco antes y que guardaba en su bolsillo, y entregándolas al doctor, añadió:

—La una es para Clotilde, la otra para el general; pero conviene que no lleguen á sus manos hasta mañana al mediodía, porque á esa hora me hallaré viajando hácia España algunas leguas distante de estos lugares.

—Se cumplirán tus deseos.

—Ahora en marcha, amigos míos, en marcha, y con el mayor sigilo; pues no quisiera que nadie de la casa se apercibiera de este viaje.

Julio cogió otra maleta que le indicó su amigo Daniel, y pocos momentos despues se hallaban en el embarcadero.

Daniel arrojó su equipaje dentro de la barca, y volviéndose con resolución, exclamó:

—Las despedidas entre personas que se aprecian, deben ser cortas, rápidas.

Y estrechando á un tiempo la mano del doctor y de Julio, añadió:

—Hasta muy pronto, amigos míos. Cuidad á Clotilde y disculpad mi conducta ante sus ojos.

Y saltando con ligereza á la barca, gritó al barquero:

—¡Á Ginebra!

El marinero empujó la orilla con el remo. La barca se separó algunas brazas del pequeño embarcadero, y pronto el empuje de los remos y la fresca brisa que hinchaba su sola vela latina, hicieron deslizar con rapidez á la frágil embarcacion por las serenas aguas del lago Lemán.

El doctor y Julio, mudos, silenciosos, inmóviles como si estuvieran clavados en aquel sitio, siguieron con las miradas la débil barquilla, que se alejaba con rapidez de aquella ribera.

Cuando las sombras de la noche le ocultaron, el doctor, llevándose una mano á los ojos para enjugarse las lágrimas, murmuró en voz baja:

—¡Desgraciado como su madre, y noble y generoso como ella! ¡Pobre Daniel!

Al día siguiente, á eso de las diez de la mañana, el doctor Samuel, con el rostro más grave que de costumbre, entró en la habitación de don Pedro.

El general acababa de levantarse, y sentado junto á una ventana, parecia embebido en sus tristes meditaciones.

No se apercibió de la llegada del doctor hasta que le tuvo á su lado; le dirigió una sonrisa, y le dijo:

—Desde que voy recobrando la vida, que mis hijos me visitan ménos.

—Esa reconvencion es injusta,—contestó el doctor,—á lo ménos por la parte que toca á la señorita Clotilde.

—Es verdad; pero en cambio hace dos dias que no veo á Daniel.

—Señor general,—añadió el doctor,—acaba usted de pronunciar un nombre, que me recuerda un encargo bastante enojoso que tengo que cumplir.

—¿De mi hijo?...—preguntó el general con interés.

—Precisamente.

—¿Pues qué ocurre?

Samuel vaciló un instante.

Aunque el general no le era muy simpático, le habia visto sufrir tanto, que le causaba alguna violencia darle una mala nueva.

—¡Oh!... me tiene usted impaciente, y le ruego que me diga pronto lo que ocurre.

—Un contratiempo que yo no he podido evitar por más que lo he procurado.

—¡Acabe usted pronto!

—Daniel ha partido esta noche pasada para España.

—¡Imposible!—exclamó el general, estremeciéndose.

—Desgraciadamente es verdad, general, porque yo le ví partir.

—¡Sin decirme adios!...—murmuró el general con profundo sentimiento.

—Pero ha escrito para usted una carta de despedida.

—¿Y dónde está esa carta?

—Yo la tengo,—contestó el doctor, entregándosela.

El general rompió el sobre precipitadamente, y se puso á leer en voz baja.

El doctor calculó el efecto que causaba la lectura al general, porque su rostro se descomponia y las lágrimas asomaban á sus ojos.

Al terminar la lectura guardó la carta en el bolsillo de la bata, y murmuró en voz baja:

—No puedo quejarme; todo cuanto me dice es justo. El vale más que yo... La sangre de la madre circula por sus venas.

Y despues de un momento de pausa, fijando una mirada en el doctor, añadió:

—¿Ha leído usted la carta?

—No, general.

—Ni le ha dicho á usted Daniel su contenido.

—Tampoco.

El general pareció vacilar; pero por fin, sacando la carta del bolsillo, se la entregó al médico, diciéndole:

—Lea usted, para que sepa lo desgraciado que soy.

El doctor leyó la carta con gran impasibilidad.

La resolución de Daniel echaba por tierra los planes del doctor de hacer valer los derechos de la difunta Angela; pero creyéndola hija de un arranque generoso del corazón, pensó que el tiempo le haría cambiar de parecer.

Dobló la carta, y la entregó al general sin decir ni una palabra.

—Daniel tiene un corazón noble...—dijo el general en voz baja.—Dios no puede olvidarle.

Y como Samuel guardara silencio, volvió á decir:

—¿Cuándo cree usted que me hallaré en disposición de emprender mi regreso á España, doctor?

—Dentro de cuatro ó seis días, si no continúa la convalecencia y no tenemos alguna recaída.

—Procuraré que no suceda eso.

Y dejando caer la frente sobre el pecho, guardó silencio.

El doctor permanecía de pié, inmóvil y sin desplegar los labios.

Trascurrieron algunos minutos; el mutismo continuaba, pero vino á interrumpirlo la presencia de Clotilde, que entró en la habitación.

Clotilde estaba pálida y con todas las señales en el rostro del llanto; habia leído la carta de Daniel, y su corazón sensible habia recibido un terrible golpe.

—¡Padre mio!—dijo al entrar,—mi hermano nos ha abandonado; huye de nosotros, y se halla camino de España: cree que no le amamos, que su presencia es un obstáculo para nuestra felicidad, y esto no es cierto, padre mio... ¡ah! no es posible que sea cierto.

El general, que habia levantado la cabeza al oír la voz de su hija, al verla trémula, pálida y llorosa, exclamó:

—Hija mia, tranquiliza tu espíritu, porque antes de mucho podremos probarle á Daniel que le amamos con todo nuestro corazón.

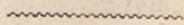
Y Clotilde, como si al oír las palabras de su padre hubiera perdido toda su fuerza vital, se dejó caer en una butaca, exhalando un suspiro.



LIBRO CUARTO



EN MADRID



LIBRO CUARTO

---

EN MADRID

---

## CAPÍTULO PRIMERO

### El tío de Indias

Apenas existirá en el Universo un hombre tronado que no sueñe con un tío de Indias, que ha de venir para ser la Panacea de todos sus males.

Este sueño se realiza pocas veces; pero es una esperanza viva que alimenta en su corazón, y le ayuda á soportar todas sus miserias, dando fuerza para esperar mejores tiempos.

Ernesto de Fontan, baron de Labra, á quien indudablemente no habrán olvidado nuestros lectores, despues de comerse y malgastar la fortuna que le habian dejado sus padres, cuando se vió pobre y sin otro patrimonio que su título y su audacia, sintió brotar en su mente una idea y un recuerdo.

Su idea era casarse con una mujer rica que le sacara á flote de en medio de sus acreedores; el recuerdo un tío, hermano de su padre, hombre muy raro, muy ex-

travagante, que siendo él niño se había marchado á California cuando la explotacion de las ricas minas de oro de aquel privilegiado país puso en conmocion á todos los ambiciosos de Europa.

El tio partió, y pasaron veinte años.

Durante este tiempo Ernesto se quedó huérfano, se gastó la herencia que le habia dejado su padre, y entonces un dia se dijo:

—Diantre, mi situacion es insostenible... estoy viendo del crédito y sitiado por los ingleses. Si no me caso con una mujer rica ó no viene á salvarme mi tio Joaquin, no me queda otro remedio que pegarme un tiro, porque yo no sirvo para otra cosa que para gastar dinero.

Hasta entonces Ernesto no se habia acordado de su tio Joaquin, y soltando una carcajada como si le hubiera hecho gracia aquella *reminiscencia* de su memoria, añadió:

—No me disgustaria que mi tio regresara á España rico como un bajá de tres colas, soltero y achacoso, porque así se moriria más pronto, dejándome heredero de sus bienes.

Desde entonces empezó á acariciar esta idea, que acabó por ser una esperanza y un pretexto que detenía la impaciencia de sus acreedores.

¿Pero dónde estaba el tio Joaquin?... ¿en qué punto de América habia echado raíces?... ¿dónde se hallaban sentados sus reales?...

Este era un problema que Ernesto no podia resolver; pero un criado suyo, llamado Gorrion, *gatera* ma-

drileño tan listo como su apodo, le indicó un medio para intentarlo.

Bien es verdad que Gorrion era un *chaval* tan agudo de ingenio como desmedrado de cuerpo, y que antes de entrar al servicio del tronado baron habia demostrado muchas veces la viveza de su imaginacion y la ligereza de sus dedos, con gran disgusto de algunos incautos.

Gorrion aconsejó á su amo que escribiera una carta sentida, apasionada, á su señor tio, una de esas cartas que conmueven el corazon de un pariente, y que luego hiciera cincuenta copias de la misma carta y las remitiera á cincuenta poblaciones de América, con lo cual era indudable que una ú otra llegara á manos del señor don Joaquin de Fontana, si es que aún vivia.

Ernesto aceptó la idea, puso manos á la obra, y dos dias despues envió á su ingenioso criado al correo con las cincuenta cartas.

Luego trascurrieron algunos meses.

El baron de Labra vivió como pudo, ó como vulgarmente se dice, trampeando.

Entonces fué cuando se puso al servicio del conde de la Fe, sin otro objeto que el de dar celos á Daniel, de lo que resultó, como recordarán nuestros lectores, un desafío.

Una mañana, y precisamente cuando la situacion de Ernesto comenzaba á ser desesperada, Gorrion entró en la alcoba de su amo con una carta en la mano.

—¿Qué es eso?—le preguntó Ernesto.

—Una carta que acaba de traer un hombre.

—Pues bien; si espera contestacion, le dices que ni tengo gana de leer, ni de escribir.

Y Ernesto se volvió de espaldas.

—El que ha traído esta carta la ha dejado y se ha marchado; pero aquí en el sobre veo que dice arriba: *Urgente*.

Ernesto extendió la mano, cogió la carta y rompió el sobre con marcado disgusto; pero apenas habia fijado sus ojos en la firma, lanzó un grito y de un salto se levantó de la cama, como si estuvieran ardiendo los colchones.

Gorrion retrocedió dos pasos, espantado de aquel brusco movimiento de su señor.

—¿Qué ocurre?—le preguntó.

Ernesto fué tambaleándose hasta una butaca, se dejó caer en ella, y juntando las manos como si se dispusiera á entonar una oracion, alzó una mirada melancólica hácia el techo, exclamando al mismo tiempo:

—¡Hossana! ¡Aleluya! Mi tio Jaquin ha llegado.

Gorrion se conmovió como el pájaro de su nombre al preludiar la primavera, y apenas tuvo valor para dirigir esta pregunta:

—¿Viene pobre ó viene rico?

—Rico ¡oh! inmensamente rico.

—Pues entonces, ¡viva la Pepal!

Y Gorrion, olvidando el respeto que todo doméstico debe á su amo, se puso á dar saltos por la habitacion como un loco.

Despues de algunos momentos de alegría, Ernesto, con cómica solemnidad, añadió:

—Oye lo que me dice mi tío, y muérete de gusto, pues por la lectura de esta carta preveo que han concluido para nosotros las privaciones y los ingleses.

Y el baron leyó lo que á continuacion copiamos:

«Querido sobrino: Acabo de llegar. Si tienes apetito y tiempo de sobra, te espero á las doce en el hotel de Paris, en donde almorzaremos juntos.

»Te participo que continúo soltero, que he hecho una fortuna en California de alguna consideracion, y que espero darme en Madrid una vida de príncipe.

»Tu ocurrencia de escribirme á todos los puntos de América, me ha hecho mucha gracia, y me reí de veras al recibir cartas tuyas de Méjico, de Veracruz, de Tejas, de California, etc., hasta doce, que me fueron remitiendo algunos de mis corresponsales.

»Yo, segun la opinion de la gente que me conoce, continúo siendo como antes, un verdadero tipo, y mi aficion á acular pipas dicen que ya llega á la monomanía. Así es, que he reunido una coleccion de mil trecientas setenta y dos pipas, entre las que poseo verdaderas obras de arte y caprichosas esculturas.

»No te he escrito desde San Francisco de California, donde recibí tu primera carta, porque ya entonces estaba resuelto á regresar á España, y pensaba darte esta sorpresa.

»Tú has perdido á tus padres, yo no tengo hijos: ven á verme, nos entenderemos, y me ayudarás en los ratos de ócio á acular pipas.

»Tu tío, que desea darte un abrazo,

JOAQUIN.»

Gorrion hubiera deseado desmayarse al concluir la lectura de la carta. Tal era el placer que su contenido le causaba.

—¡Ah, señorito!—exclamó el *gatera* madrileño, poniendo los ojos en blanco, moviendo la cabeza y juntando las manos con beatitud.—La llegada del tío de California es verdaderamente providencial, y desde ahora le ofrezco dos velas de á libra á la Virgen de la Paloma.

—Ofrécele otras dos por mí, y serán cuatro,—añadió Ernesto riéndose.

—Créame usted, señorito; con todos estos ofrecimientos nos quedamos cortos, porque un tío millonario que llega con tanta oportunidad, no tiene precio.

—Yo juro en este momento solemne, si se muere pronto mi tío y me deja su fortuna, poner su retrato de cuerpo entero en mi gabinete.

—Yo ofrezco que si me caso y tengo hijos, le pondré al primero, si es varon, Joaquin, y si es hembra, Joaquina.

—Pero no quiero perder el tiempo; mi querido tío me está esperando.

—Diga usted más bien su providencia, puesto que trae dinero y se halla dispuesto, segun parece, á socorrer nuestras necesidades.

Ernesto se afeitó, dió órdenes á Gorrion de que cepillara su ropa, vistióse con el mismo esmero del elegante que tiene una cita amorosa con una mujer á la moda, y á las once y media, henchido el corazon de risueñas esperanzas, se presentó en el hotel de Paris, y

entregando una tarjeta á uno de los camareros, fué introducido poco despues en la elegante habitacion que en el piso principal ocupaba don Joaquin de Fontan.

Como hemos dicho poco antes, el tio de Ernesto hacia más de veinte años que faltaba de España; de modo que sin la tarjeta que poco antes acababa de entrar el camarero, ni don Joaquin hubiera conocido á Ernesto, ni el sobrino á su tio.

Pero aquel trozo de cartulina, especie de fe de bautismo inventada por los modernos para evitar enojosas vacilaciones, fué lo suficiente para que don Joaquin corriera con los brazos abiertos hácia la puerta, exclamando con cierto regocijo:

—¡Ah pícaro! estás hecho un hombre: ya tenia ganas de verte.

En cuanto á Ernesto, amoldándose al entusiasmo de don Joaquin, le estrechó contra su pecho verdaderamente enternecido, exclamando al mismo tiempo:

—¡Tio de mi alma!

Don Joaquin no se hallaba solo en la habitacion. Habia allí un negro fornido como un atleta, de enorme cabeza y una anchura colosal de hombros, pecho levantado y fuerte; aquel negro debia tener unos pulmones de toro, y precisamente por esto se hallaba al servicio de don Joaquin Fontan y era muy considerado por su amo.

El negro, que desde ahora le conoceremos con el nombre de Zulma, tenia una enorme pipa en la boca, y de vez en cuando despedia inmensas bocanadas de

humo, arrojándolas de una manera ruidosa y especial contra el cubo de su pipa.

Diremos de paso, que Zulma era un afamado aculador de pipas.

El negro contempló con marcada indiferencia el estrecho abrazo del tío y el sobrino, y continuó fumando.

En aquella habitación habia un humo insoportable; pero Ernesto, que indudablemente tenia buenos pulmones, no se apercibió de ello.

## CAPÍTULO II

### El tío y el sobrino

Don Joaquin de Fontan era un hombre de sesenta años, alto, flaco, con el cabello completamente blanco y la barba perfectamente rasurada.

El color de su rostro tenia esa entonacion que produce la leche con el café mezclados. Su dentadura era hermosa, igual, blanca, unida. Era lo que se llama una verdadera obra de arte, construida por un aleman y propiedad de la boca de don Joaquin, gracias á nueve-cientos duros mejicanos que habia dado por ella.

En uno de los ángulos de la habitacion se veian dos grandes cajas de nogal.

Una de ellas estaba llena de tabacos, la otra de pipas.

Sobre el mármol de la chimenea se veia un piperero de plata, especie de gradería que terminaba en espiral,

y en la que se hallaban colocadas multitud de pipas y boquillas de ámbar, de espuma de mar, de oro y de maderas preciosas.

Aquellas pipas eran las del uso diario de don Joaquin. Su preciosa coleccion se hallaba, como hemos dicho, en el arca de nogal.

Cuando terminó el abrazo de don Joaquin, condujo á Ernesto hasta una butaca, y ocupando él otra, comenzó el diálogo del modo siguiente.

Mientras tanto, Zulma el negro continuaba fumando en un extremo de la habitacion. Para aquel atleta de color de tinta, la vida no era otra cosa que una bocanada de humo.

—¡Ah, querido tio!... No puede usted figurarse cuántas veces me he hecho esta pregunta: ¿dónde estará? Pero ya, por fin, no puedo ménos de bendecir á Dios, que me ha concedido la dicha de abrazarle y de verle.

—Querido Ernesto, desde que me separé de vosotros, he dado muchas vueltas por el mundo y he aculatado muchas pipa. ¿No es verdad, Zulma?

El negro abrió su enorme boca, despidió una bocanada de humo, y soltando una ruidosa carcajada, contestó:

—¡Oh! muchas, muchas, señor.

—Pues sí,—volvió á decir don Joaquin;—desde Madrid me trasladé á Méjico, como quien dice, ahí á la vuelta de la calle. Era pobre, y te confieso francamente que tenia muchas ganas de hacerme rico. Comprendí que en España eso era bastante difícil; me

conocian todos, y mi posición social, los rancios pergaminos de mi familia, me imponían ridículos deberes que cumplir, que son siempre un obstáculo para hacer fortuna; mientras que en América, completamente desconocido, podía dedicarme á cualquiera profesión lucrativa sin ningún recelo; y aquí donde me ves, querido sobrino, te confieso hasta con orgullo que yo, hijo de un título, hermano de un barón, individuo de la aristocracia y sintiendo por las venas eso que llaman sangre azul, he sido esportillero en las minas de California, he recogido abundante cosecha de pepitas de oro, base de la fortuna que hoy poseo y que asegura mi porvenir.

—¡Pobre tío de mi alma!—exclamó Ernesto con fingida entonación.—¿Conque ha llegado usted á vivir del sudor de su frente con el cuerpo encorvado hácia la tierra y el tosco azadón en las manos?

—Sí, y me enorgullezco de contarlo; porque tú, sobrino mío, no puedes figurarte el atractivo que tiene el oro; donde se comprende perfectamente es en América, allí bajo aquel sol abrasador, en aquellas tierras fértiles, en aquellos bosques impenetrables. He visto yo trabajar al lado mío muchísimos caballeros de frac, que de todos los países del mundo acudían sedientos de buscar el rey de los metales. ¡Zulma!... ¡pon un cigarrillo en mi pipa favorita número 719, y tráela!

Mientras el negro obedecía las órdenes de su amo, don Joaquín dirigió la palabra á su sobrino, diciendo:

—¿Eres aficionado tú á fumar?

—¡Oh! sí, señor.

—Pues bien; ahí tienes pipas; elige una, y Zulma te dará un cigarro.

Ernesto dirigió la mirada hácia donde su tío extendía la mano, y entonces vió el elegante y rico pipero que se hallaba sobre la chimenea.

—¡Hermosa boquilla!—dijo, cogiendo una de ámbar con adornos de oro.

—¡Oh! las tengo mucho mejores que esas. Cuando me establezca en mi casa, cuando arregle mi habitación de fumar, yo te aseguro que has de asombrarte al ver mi coleccion de pipas. Desafío á que tenga otra igual ningun monarca de la tierra.

Zulma se acercó á Ernesto con una bandeja de plata en la mano, en la que se veian multitud de cigarros de todos tamaños.

El baron cogió un Lóndres pequeño, lo puso en la boquilla, y lo encendió.

—Vamos á ver, ¿cómo estás tú?...—le preguntó don Joaquin.

—De salud perfectamente, querido tío; pero de fortuna...

—Mal, ¿no es verdad?—volvió á decir el tío, interrumpiéndole.

—¿Para qué negarlo? estoy todo lo mal que puede estar un noble arruinado. No tengo ni siquiera un caballo de silla para pasear por la Castellana mi título de baron, y si yo tuviera la perseverancia, la fuerza de voluntad que usted, desde mañana me marchaba á California á cavar la tierra en busca de pepitas de oro.

—Seria ya inútil; hoy ya no se hacen ricos los es-

portilleros de las minas. El número de buscadores de oro ha aumentado de un modo tan colosal en pocos años, que en vez de hacerse ricos, se mueren de hambre. No hay que pensar en ello; además, yo poseo una bonita fortuna, y no tengo en el mundo más parientes que tú... Pero si te parece, continuaremos la conversacion en la mesa. Zulma, dí que nos sirvan el almuerzo.

Ernesto estaba encantado del carácter jovial y franco de su tío. Sintiendo una viva curiosidad por saber á cuánto ascendia su fortuna, pero pareciéndole esta pregunta algo indiscreta, la guardó para mejor ocasion.

—¿Sabe usted, querido tío,—añadió el baron,—que es un rico Lóndres este que estoy fumando?

—Hice escala en la Habana tan sólo por proveerme de buenos tabacos; me preció de ser un fumador de buen gusto. Bien es verdad que no tengo otro vicio, lo cual es muy poco para un hombre rico.

—Sin embargo, cuando se fuman buenos cigarros y se fuma mucho, el vicio no sale barato.

—Yo vengo gastando hace tiempo unos ocho mil duros en humo,—contestó riéndose don Joaquin;—bien es verdad, que ese bárbaro de Zulma, que tiene una garganta de hierro, unos pulmones de bronce y un estómago de avestruz, no se quita nunca el cigarro de la boca. Su oficio, su única ocupación, se reduce á fumar: es el primer aculatador del Universo.

Ernesto iba poco á poco sabiendo algo de lo que deseaba. Su tío gastaba ocho mil duros en humo; debia, por consiguiente, ser muy rico.

Zulma entró á decirles que podian pasar al comedor.

Don Joaquin se cogió del brazo de su sobrino, y le dijo:

—Vamos al comedor.

Don Joaquin apenas desplegó los labios durante el almuerzo comia con un apetito envidiable y saboreaba los manjares como un verdadero gastrónomo.

Ernesto sospechó que su tío, no sólo poseia el vicio del cigarro, sino el pecado de la gula.

Concluido el almuerzo, durante el cual apenas cambiaron algunas palabras sin importancia, don Joaquin mandó que les entraran el café á su cuarto, y cogiéndose del brazo de su sobrino, salió del comedor.

Sentados en la habitacion en dos butacas, junto á un velador de nogal mate, encendieron los cigarros, y don Joaquin comenzó la conversacion de esta manera:

—¿Conque estás arruinado, querido sobrino?

—Por completo, querido tío.

—Eso sucede á muchos hijos de familia tan pronto como sus padres cometen la tontería de morirse y dejarles su fortuna.

—Sin que sea esto ofender á mi buen padre, —añadió el baron con hipócrita entonacion, —no me dejó al morir sus cuentas muy corrientes, y siempre me he visto desgraciadamente entre las uñas de los acreedores.

—¡Cómo! ¿mi noble hermano se volvió calavera á la vejez?... —preguntó don Joaquin con asombro.

—No diré tanto; pero sus negocios no fueron bien; creo que tuvo una gran pérdida en la Bolsa...

—Entonces no sigas adelante; en una mala jugada de Bolsa puede arruinarse el mismo Roschilts.

—No pretendo santificarme á los ojos de usted, y confieso que tambien por mi parte he gastado en lo supérfluo lo que hoy me falta para lo necesario. Estoy verdaderamente arrepentido.

—La juventud es poco previsora; disfruta todo cuanto puede del presente, sin ocuparse jamás del porvenir; pero no temas que yo te moleste con mis reprensiones y con mis consejos. Nada me parece tan ridículo como los viejos, que olvidando lo que hicieron y lo que se debe á los años, se convierten en predicadores de moral cuando hablan á los jóvenes. Así pues, querido sobrino, olvidemos lo pasado.

—¡Ah! es usted el mejor de los tios, y creo que voy á quererle como á mi padre.

—No deseo otra cosa. Cuando la cabeza se cubre de canas y la sangre comienza á enfriarse, el amor de los hijos da calor al corazon, y pues yo no los tengo, te adopto á tí, y asunto concluido.

Ernesto cogió con entusiasmo la mano de su tio, y la besó repetidas veces. Habia encontrado una verdadera mina sin ir á California.

—Como yo pienso acabar mis dias en Madrid,—repuso don Joaquin,—comenzaremos por buscar una bonita casa, que compraré.

Este nuevo dote perteneciente á la fortuna del tio, hizo saltar de gozo el corazon del sobrino.

—He leído en los periódicos que se han construido muchos elegantes palacios en el paseo de la Castellana.

—La Castellana está completamente desconocida

de veinte años á esta parte: es un barrio de moda, que habita la gente que tiene coche.

—Nosotros lo tendremos tambien,—contestó don Joaquin con naturalidad.

Ernesto sintió un vivo estremecimiento en el corazón.

—Y si encontráramos uno de esos bonitos palacios de venta, lo compraríamos.

—Debo advertir á usted, querido tío, que en la Castellana hay palacios que cuestan muchos millones.

—¿Sobre cuántos?—preguntó riéndose don Joaquin.

—Algunos han costado más de ocho millones.

—¡Ocho millones!—añadió el viejo, haciendo una mueca de desprecio con los labios;—eso es una miseria.

Ernesto estuvo á punto de desmayarse.

—Compraremos un palacio en la Castellana; procura enterarte si venden alguno.

—Lo haré con mucho gusto, querido tío,—contestó Ernesto, que comenzaba á mirar á su tío como á un semidios.

—Antes me has dicho que no tenias ni un mal caballo de silla,—añadió don Joaquin:—pues bien; yo te compraré dos, dejándolos á tu eleccion; sólo te exijo que sean buenos, los mejores que se paseen por el Prado, si es posible.

—Pero, querido tío, usted se ha propuesto que yo me vuelva loco de felicidad...

—¡Qué diantre! ¿no eres mi sobrino, el hijo de mi querido hermano? ¿No soy yo rico, inmensamente rico,

y sin más herederos que tú? ¿Qué diablo quieres que haga de mi fortuna, si tú no me ayudas á gastarla? A eso he venido á España; porque ya puedes calcular que aculatando pipas en compañía de mi fornido y leal Zulma, no me he de gastar ciento treinta millones de reales que he traído de California.

Ernesto sintió un vértigo que le desvanecía la cabeza, perdió la luz de los ojos, y tuvo necesidad de llevarse la mano al pecho, temeroso de que se le rompiera el corazón.

Don Joaquin decia todas estas cosas con gran naturalidad y riéndose del asombro que causaba á su sobrino.

—Debo advertirte, querido Ernesto,—añadió el californiano,—que yo profeso el principio democrático que dice: «El hijo debe ser libre dentro de la familia libre.» Vivirás, pues, con entera independencia; tendrás tu habitacion de soltero, tus carruajes y tus criados; pues de este modo te será más grata mi compañía.

Ernesto hubiera querido llorar para demostrarle á su tío su agradecimiento.

—Almorzaremos á las once, comeremos á las siete,—añadió don Joaquin;—el día que quieras comerás conmigo, el que no con tus amigos. Espero darle á la juventud lo que le corresponda.

—¡Ah! ¡querido tío!...

—Pero te daré un consejo,—prosiguió don Joaquin:—que no pierdas el tiempo bulliciosamente, porque los días que se van no vuelven más. Cuenta, pues,

con mi proteccion para todo, y procura que seamos buenos amigos.

Ernesto cayó de rodillas á los piés de su tío, y besándole las manos, le hizo mil juramentos de lealtad y de cariño.

Ernesto sintió un vértigo que le desvaneció la cabeza, perdió la luz de los ojos, y tuvo necesidad de llevarse la mano al pecho, temeroso de que se le rompiera el corazón.

Don Joaquín debía todas estas cosas con gran naturalidad y riéndose del asombro que causaba á su sobrino.

—Debo advertirte, querido Ernesto,—añadió el californiano,—que yo profeso el principio democrático que dice: «El hijo debe ser libre dentro de la familia viva.» Vivir, pues, con entera independencia; tener su habitación de soltero, sus carnajes y sus cosas; pues de este modo te será más fácil ir contra la vida.

Ernesto hubiera querido hacer parte de demostrarle su tío su agradecimiento.

—Almorzaré á las once, comenaré á las seis,—añadió don Joaquín,—el día que quieras comer conmigo, el que no con tus amigos. Espero darle á la juventud lo que le corresponde.

—¡Ah! querido tío...  
—Pero te daré un consejo,—prosiguió don Joaquín,—que no pierdas el tiempo bulliciosamente por los días que se van no volver más. Cuenta, pues,

## CAPÍTULO III

**Donde Ernesto y su criado Gorrion estuvieron á punto de morir de felicidad**

Encontrar un tío que viene de América con una fortuna de ciento treinta millones de reales, cuando uno se halla próximo á coger la pistola del suicida para librarse de los acreedores y de la miseria, es una suerte casi fabulosa.

Pero nada tan inverosímil como la vida real, en donde suceden cosas que es imposible referirlas, porque nadie las creería.

Ernesto salió á la caída de la tarde de la fonda de Paris. Buscó un pretexto para separarse de su tío, porque tenia necesidad de respirar el aire libre, no sólo por el humo de las siempre encendidas pipas de don Joaquin y Zulma, sino porque todo lo que le sucedia le ahogaba de felicidad.

Cuando se encontró en la calle, comenzó á caminar

sin direccion fija, con la mirada en el suelo y las manos metidas en el fondo de los bolsillos del pantalon.

—Esto no puede ser cierto... yo estoy soñando,— se decia.

Pero como al mismo tiempo el extremo de los dedos de la mano derecha tocaban algunas onzas que le habia dado su tio, haciendo sonar el precioso metal, añadia:

—No, no, es cierto y bien cierto. Se acabó la miseria, se acabó la escasez.

Despues de dos horas de recorrer las calles, se acordó de pronto que tal vez su criado Gorrion estaria esperándole en casa, ansioso de saber el resultado del tio y del sobrino.

Por otra parte, Ernesto creyó que era altamente justo calmar la impaciencia de Gorrion, puesto que á su ingenioso pensamiento de escribir cincuenta cartas debia el que su tio le hubiera buscado á su llegada á Madrid.

Se dirigió, pues, á su casa, y efectivamente Gorrion le esperaba impaciente, inquieto, y lo que era peor, muerto de hambre, pues no se habia desayunado esperando á su amo.

—¡Gorrion, nos hemos salvado!...—exclamó Ernesto, entrando en su desmantelado gabinete.—Mi tio es un mónstruo de fortuna. ¡Asómbrate, estremécete, horrorízate! ¡posee nada ménos que ciento treinta millones de reales!

Gorrion, al oir esta enorme suma, fué tal la emocion que experimentó, que no tuvo fuerza para decir

ni una palabra; pero abriendo la boca todo cuanto pudo y cerrando los ojos y pestañeando repetidas veces, exhaló un gruñido sordo.

Ernesto, que se habia sentado en una silla desfallecido, añadió:

—Pero, hombre, ¿no me das la enhorabuena?

—¡Ciento treinta millones de reales!...—repitió Gorrion, como si soñara;—¿y hay en el mundo un hombre que posea tanto dinero?

—Mi tío,—contestó secamente Ernesto.

—Pues, señorito, tiene usted un gran tío,—repuso Gorrion, poniendo los ojos en blanco.

—¡Ah! ¡si supieras con qué amabilidad me ha recibido, con cuánto cariño!

Y Ernesto, introduciendo la mano derecha en el bolsillo del pantalon, sacó una onza y se la dió á Gorrion, diciendo:

—Toma trescientos veinte reales para que celebres el feliz encuentro de mi tío el indiano.

Aquella onza indicó á Gorrion el brillante porvenir que esperaba á su amo el baron de Labra.

—Y diga usted, señorito: ¿y ese señor tío que se permite tener ciento treinta millones, es casado?...

—En esa pregunta reconozco tu ingenio... pero tranquilízate; es soltero y sin hijos.

—¿De modo, que no tiene en el mundo más heredero que usted?

—Yo solo.

—Bien puede decirse que en el universo no existen dos tios como don Joaquín.

—Dí más bien que no hay otro que el mio. ¡Ah! si hubieras presenciado la entrevista,—añadió Ernesto con entonación cómica,—de seguro que tu alma hubiera derramado lágrimas de gratitud.

—¡Oh! ¡quién lo duda! ¡un tío que da onzas de oro á un sobrino pobre, hace llorar á las piedras!

—Además, el interés con que me preguntó por mi posición social, las mil preguntas cariñosas que me dirigió y las palabras paternales que brotaron de sus labios, no podría repetírtelas sin enternecerme. Porque has de saber que mi tío me ha encargado que le compre un palacio en la Castellana y el tren que necesite un millonario de su fuerza.

—Estoy verdaderamente enternecido, oyendo los generosos rasgos de su tío don Joaquín.

—De modo, que antes de mucho abandonaremos este horrible palacio, en donde vivimos careciendo de lo necesario, para ir á habitar un palacio donde ha de sobrnarnos hasta lo supérfluo, pues nadaremos en la mayor abundancia.

En este momento, Gorrion se dió una palmada en la frente, como si recordara alguna cosa importante.

—Tengo una idea, señorito,—dijo.

—Desde ahora aseguro que será buena,—contestó Ernesto sonriéndose.

—Usted tiene bastantes acreedores.

—Dí más bien que tengo muchos.

—Y es natural que estos acreedores...

—Quieran cobrar, ¿no es verdad?—añadió el baron interrumpiéndole.

—Justo.

—¿Pero por qué me diriges esa pregunta?

—Porque como los acreedores, desde algun tiempo á esta parte, han perdido la esperanza de cobrar, y además llevan rotos ya varios pares de botas subiendo la escalera de esta casa; recordando tambien que el otro dia don Ruperto, que tiene dos pagarés del señorito, me dijo: «Buen negocio he hecho con tu amo, me debe ocho mil reales;» yo creo que este crédito, que iba juzgando incobrable, podria darlo por la tercera parte...

—¿Pero á qué viene eso?

—Permítame que continúe en el uso de la palabra.

—Habla todo cuanto quieras.

—Pues como iba diciendo, los acreedores tienen pocas esperanzas de cobrar el capital que prestaron, y mucho ménos los réditos, aunque estos suben tanto como el capital que prestaron, y no seria nada difícil comprarles esos créditos por un pedazo de pan.

—¿Pero quién quieres tú que se encargue de comprar esos créditos?

—¡Bah! ¡le faltará al señorito, ahora que ya puede dar de comer, un amigo que se encargue de eso?

—No me disgusta la idea.

—Además, seria muy conveniente citar á todos los acreedores, y decirles: «Señores, ustedes no ignoran que el baron de Labra se halla completamente arruinado, y como ustedes han hecho con él mal negocio, vamos á entendernos, para que no lo pierdan ustedes todo.

—Acepto tu plan, y buscaré un amigo que se encargue de ese negocio.

—Usted, según mis cálculos, debe más de doscientos mil reales.

—Sí, un poco más.

—Pues vamos á ver si se recobran todos los pagarés por cincuenta mil reales, y de ese modo, el noble tío de usted tendrá que desembolsar ménos dinero.

—En fin, querido Gorrion, mañana hablaremos de eso; ahora vamos á celebrar el feliz arribo de mi querido tío. Esta noche no se duerme en casa; ¡viva la libertad!

Y amo y criado tiraron los sombreros por el aire en señal de alegría.

Una hora despues, Gorrion, que no habia comido y tenia buen apetito, se hallaba sentado junto á una mesa en la fonda de Botin, dispuesto á probar las cavidades de su estómago.

Ernesto, por su parte, se dirigió al Casino, deseoso de celebrar la llegada de su tío Joaquin, jugando unas carambolas con alguno de los antiguos amigos que le habian ayudado á devorar su fortuna.

COMUNICACION A LOS SEÑORES EDITORES DE LA REVISTA

LAB

# FÁBULAS DE ESOPHO

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

VERSIÓN LATINA DE TERMO, AVIANO, AULO GELIO, ETC.

que cubren de un nuevo aspecto clásico  
como la fábula y de donde se han sacado los citados autores.

POR EDUARDO DE MIR.

BASES DE LA PUBLICACION

Las Fábulas de Esopo, traducidas en forma de pequeñas dimensiones,  
comprende de unas 60 fábulas, repartidas en las que se  
vedan de este número.  
Cada entrega constará de 8 páginas en folio, perfectamente impresas  
y encuadernadas, o bien de una forma más simple.  
Para que sea más útil a los lectores de no ver el número de  
diferencia en las entregas, se considerará el número de folios, repre-  
sentando los principales países de las fábulas más conocidas.  
A fin de facilitar la adquisición de esta obra, el precio de cada entrega se  
paga al de un REAL en cada entrega.

PROGRAMA Y PUBLICACION

# LA CAROLALADA.

(HISTORIA DE UN BUEN PUTO)

Novela de costumbres.

en 1890

EL SEÑOR GAROIA LADRETES

la única ilustración de esta novela, que se ha publicado hasta  
ahora en España.

DE EDUARDO DE MIR.

A UN CUARTILLO DE TODA LA ENTREGA.

de la editorial

1892

PUBLICACION NOTABLE EN PRENSA.

LAS  
**FÁBULAS DE ESOPPO,**

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico  
sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados Autores,

**POR EDUARDO DE MIER.**

**BASES DE LA PUBLICACION.**

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartiéndose gratis todas las que escadan de este número.

Cada entrega constará de 8 páginas en foleo, perfectamente impresas y glaseadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reúna las condiciones de una verdadera publicación ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas mas conocidas.

A fin de popularizar tan magnífica obra, el precio de cada entrega será solo el de **UN REAL** en toda España.

**PRÓXIMA Á PUBLICARSE.**

**LA CARCAJADA.**

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres.

SU AUTOR,

**ERNESTO GARCIA LADEVESE.**

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

**D. EUSEBIO PLANAS.**

**Á UN CUARTILLO de real la entrega.**

Imp. de Ramirez y C.<sup>a</sup>